

CONTESTACIÓN

DEL

ACADÉMICO NUMERARIO

D. GUILLERMO TÉLLEZ GONZÁLEZ

DIGNÍSIMAS PERSONALIDADES QUE NOS

HONRÁIS CON VUESTRA PRESENCIA,

DISTINGUIDAS SEÑORAS Y SEÑORITAS AQUÍ ASISTENTES,

QUERIDOS COMPAÑEROS Y RESPETADOS AMIGOS TODOS:

A las admirables páginas que acabáis de oír, contesto por mandato de la Corporación, por afecto, por admiración personal y algo por vocación propia de un hombre visual, entusiasta de estos estudios, no obstante estar mis actividades profesionales bien lejos del alcance de poder alternar en los temas aquí planteados, puesto que si mis tareas docentes tocan en algún aspecto la Biología y la Psicología, nunca de lleno al conjunto de las Ciencias Naturales, que tan admirablemente domina quien en este instante acabáis de escuchar.

El ilustre hombre que recibimos en nuestra Academia, tiene un apellido de antaño timbrado, puesto que es hijo del Coronel Sr. Castaños, cultísimo profesor de la primera Academia General Militar de Toledo, sabio arqueólogo y uno de los primeros pilares de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo. El hijo llega, pues, a esta casa, que fué de su padre, con una estirpe clara, pero también con un valor propio y una personalidad tan hecha, que ni desdice ni hace olvidar el apellido, sino al contrario, recordarlo siempre con una admiración continuada.

Veamos la silueta de nuestro nuevo Académico, Sr. Castaños.

El hombre

Nació D. Emiliano Castaños, en esta ciudad, en Agosto de 1888, recibiendo la enseñanza primaria en el Colegio de D. Bernardo Guzmán y Alemán, y la segunda en el de D. Zacarías de San Vicente, convalidando sus estudios en esta casa (1).

Desde muy niño, mostró afición por las artes plásticas, hasta tal punto que sus compañeros se disputaban los dibujos que hacía en los intervalos de las clases, gran intuición que fué disciplinada en las enseñanzas de nuestra Escuela de Artes y Oficios, en donde tuvo como profesores a D. Angel Bueno, D. Federico Latorre y D. Matías Moreno. En el aula del yeso, fué condiscípulo de nuestro querido maestro D. Julio Pascual, que nos preside.

Durante sus estudios del Bachillerato, se definió su vocación por las Ciencias Naturales, orientación cultivada por la amistad del sabio D. Ventura Reyes, que le enseñaba a clasificar los seres que recogía, inculcándole esa inquietud sana y enferma por el saber puro, que hace de la ciencia sacerdocio y del trabajo apostolado.

Terminada la licenciatura, ganó por concurso, entre sus compañeros de Facultad, una pensión para estudiar los animales del mar en la Estación de Biología Marina de Santander, pensión que solo alcanzó con él D. Agustín Moreno, actual Catedrático del Cisneros, de Madrid.

Fué pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios y por el Ministerio de Instrucción Pública, siendo alumno becario del Museo de Ciencias Naturales.

El Profesor

Con esta magnífica preparación, llega al Magisterio de Institutos, comenzando como Catedrático interino en el de Cartagena, recientemente creado a la sazón.

Por brillante oposición pasó al de Mahón, como si la Providencia premiase su vocación al mar llevándole al Mediterráneo, mar de mi cultura ancestral. Por concurso, fué a Huesca y Badajoz, pero atraído por lazos de familia y por el azul plano del mar latino, volvió a Mahón.

(1) El Instituto Nacional de Enseñanza Media, por estar en reparación el domicilio social de la Real Academia.

Por último, como si la tierra que holló con sus primeros pasos le llamase insistentemente, a nosotros vuelve, mediante voluntario concurso de traslado, respondiendo a ese refrán de la gente navegante inglesa: *Todos los mares para volar; para colgar el nido, una roca.*

El Maestro

Es D. Emiliano Castaños un representante digno de este tipo de Catedráticos de Naturales que se han distinguido por su labor docente práctica, más que otros cuya labor preferente es, a veces, el folleto erudito, que si docto para la ciencia y sonante para el alto mundo de la cultura, resulta algo estéril para la diaria labor de clase, que es lo que contrata la administración pública y deben reclamar los padres.

Con gran cariño a la madre Tierra que nos soporta, hace de su Cátedra una interpretación perpetua del mundo que nos envuelve, aclarando sus enigmas hasta donde la humana ciencia llegar puede.

D. Emiliano no renuncia al título de Profesor, más cercano al alma del pequeño y de uso más universal, aunque es un gran Catedrático. Fino hombre, selecto espíritu, da todo lo que vale y tiene, y si en el hacer bien hubiera exceso, acaso a veces en él lo puede haber, pues no todos los tiempos se prestan igual para todas las actividades ni todas las tierras rinden igual al mismo trabajo; y es que este Catedrático valioso es un digno ejemplar de una bella manifestación cultural española, que hay que pedir a la Virgen que no sea una especie a extinguir, como tanto ser biológico estudiado en su erudito disertar.

El Artista

Su afición al dibujo le llevó al dominio de la pintura, apareciendo aquí un perfil paralelo y como una cara opuesta a su silueta de hombre de ciencia. Su dibujo sobresale por su técnica y emoción entre lo más de lo que estamos acostumbrados a ver. Su pincel tiene gamas muy finas y acordadas al ambiente, y sus temas son sentidos y ajustados en el equilibrio de masas.

Para los que conciben al Catedrático como un erudito que almacena su capital cultural, encasillándolo en los temas posibles de oposiciones y concursos a venir, D. Emiliano parece desentonar un poco, pero no es así. Superada la fase de la oposición, nuestro nuevo académico muestra en la doble personalidad de su cultura, la auténtica figura de un contemplador del mundo de los objetos, que los estudia, interpreta, fija y embellece. El naturalista puede muy bien ser pintor y hasta le conviene serlo. Lo requiere el apunte geológico, el dibujo de una flor, la forma de un hueso, el color de una pluma, el esquema cristalográfico de un mineral y la acotación ajustada de un *habitat*, y por eso y para eso D. Emiliano es pintor y dibujante, especialmente paisajista, que capta con cariño el rincón humilde, la obra arquitectónica y la puesta de sol. Admira lo bello y siente lo pintoresco.

Su discurso

Acabáis de escuchar una amena disertación de un tema difícil, bello narrar de nuestro pasado geológico. Sobre ello tengo tan poco que decir, como mucho que admirar, pero creo que no se ha escrito nada más didáctico e interesante como lo por él dicho. Juntamente con los trabajos del catedrático Alía y los estudios del geólogo Sr. Royo, integran lo mejor que se ha hecho del tema.

Nos deja el peñón toledano desnudo de habitantes, pero apto para ser morado. Rey Pastor, nos explicó las condiciones que habían de forzar la estructura de la futura ciudad. Ambos nos presentan el peñón emergente como un noray de cantil de puerto, adonde toda civilización circundante tira su cable de amarre.

Bien estudió Rey Pastor este caballete que nos sustenta y en donde se han expuesto tantos cuadros de la Historia.

En mis trabajos dispersos, algo he añadido a tan alucinante tema. Toledo es para mi el único castro ibérico culturado de civilización persistente del centro peninsular.

Afirman los historiadores, que la parte central de España fué poblada por una raza que tenía su mejor ámbito en las penínsulas o deltas que forman las confluencias de los ríos que estaban a

más de 500 m. y se fijaban defendiendo los istmos. De ellas he visitado Arévalo, Avila, Soria y Cuenca. Si bien aquí no hay dos ríos, el peñón está circundado por el Tajo, quedando con las máximas condiciones defensivas. Estas condiciones y su posición central, le hacen tener las llaves del resto de España, hasta tal punto que quien posee a Toledo, tiene el paso de la otra mitad.

España fué punto de fricción de las dos principales oleadas migratorias de Europa de un lado, y de Asia-Africa, las cuales al desbordar en su avance los dos límites naturales de la Península, el Pirineo y el Mediterráneo, ambas llegan a Toledo y le rebasan con poca intensidad las del norte y las del sur; sólo amplia y fijamente, por el Ebro, las del sur.

Toledo, hecho capital del imperio Godo, fué la ciudad más ilustre del Occidente bárbaro. En ella el árabe penetra menos que parece, sino que domina mucho el alma mozárabe y católica. Durante los árabes les fué punto firme de la frontera del Islam. Conquistada por Alfonso VI, vuelve a ser gran baluarte del Occidente Cristiano que prepara la liberación total de España. Avanzada de la reconquista, permite la formación de Castilla la Nueva y es que el peñón toledano facilita que Castilla sea el corazón de España y montura adusta en donde se engarzan la rica orla marinera de las regiones periféricas. Desde Creus al Finisterre y Tarifa, se esparcen las glorias del Mundo Hispano labradas en Toledo.

Realizada esta misión histórica, Toledo tiene que pasar a segundo plano de una ciudad medioeval, cuya finalidad queda cumplida, pues mientras son los mundos árabes y germánicos los que compiten, ambos de poca vocación marinera, Toledo tiene su misión de apoyo y frontera interior, pero integrada la Península y mirando ya Castilla ampliamente al mar, Toledo queda muy en retaguardia y central, perdiendo su importancia estratégica.

Hubiera pasado al segundo plano de reserva emocional de la historia, pero la salva el mecenazgo de sus grandes Cardenales, como Cisneros, el último gran hombre con temple de cruzado; Tavera, uno de los grandes artífices del Imperio Caroleo; Sandoval, de una cantera de personas al servicio de la Monarquía filipina, y así hasta Lorenzana, que nos trae a Ventura Rodríguez y después a Ignacio Hann, que nos forja esta casa.

Decaido el poder de los mecenas eclesiásticos, Toledo debe morir durante el indeciso siglo XIX, pero como persistente Ave Fénix, se salva por el prestigio de su arte, el nombre de su historia y el perenne persistente e inquietante recuerdo del Greco, datos que le dan nombre de honor en la geografía universal de la cultura. La urbe salva la civitas.

Y esta es la nota que quiero fijar: que Toledo, *frente a su intenso mudar geológico*, ofrece un ansia de perdurar y sobrevivir por milagro de la Providencia, protección de la Virgen y por tenacidad de la raza, y así esta arca santa de cultura, tradición y arte pervive eternamente, haciendo frente al mudar de la Geología y frente a los cambios de las épocas cuyas leyes históricas marcan un continuo empequeñecimiento de los ámbitos geográficos anteriores, haciendo de los todos, partes. Su perfil supera al de las restantes ciudades de Castilla que tienen una misión transitoria de frontera a capital, de centro de tensión y de éste a zona defensiva, cuando el avance de la reconquista la hace pasar a retaguardia y la frontera queda lejana. Vive de su prestigio más que de su economía, pues no está favorecida por una amplia región natural, ni los caminos de piedra o hierro la tienen bien en cuenta.

Ultimamente sólo es absorbida en lo económico y en lo estadístico por Madrid, que la empobrece, pero no le anula el nombre, aunque lo ahogue materialmente, puesto que está muy cerca, para ser la capital de una provincia o región de economía autónoma, y muy lejos, para ser su barrio artístico.

Toledo y su paisaje

Bellamente nos habla el disertante del color de Toledo y de sus valores visuales. Paralelo a la persistencia de su nombre está la permanencia de su caserío y trazado urbano. Toda obra en ella fué discreta y acordada al recato urbano, perturbando su plano sólo las obras del último barroco y a su silueta sólo las moles del Seminario y la Diputación, a quienes el tiempo de seguro ambientarán en el conjunto.

El paisaje y el color de Toledo. Otro punto que quiero recordar, para decirnos adiós, es el referente a su paisaje, consecuencia

inmediata a las condiciones geofísicas enumeradas por D. Emiliano. La óptica de Toledo tiene dos aspectos fundamentales: la forma y el color. Por lo primero, se puede dividir los asuntos en *vistas y siluetas* del caserío y *parte natural* con dos variedades, parte rocosa y otra plana más vegetal y menos típica como la vega.

Estos son interesantes aspectos de lo pintoresco de Toledo que no puedo estudiar, pero sí quiero hablar algo del color. El color es tema inquietante del arte toledano. Lo han tratado ilustres figuras toledanas, como nuestro D. Enrique Vera. No obstante esto, y como aquí es costumbre hablar de los temas de arte, siempre lo mismo, para no quedar nunca de acuerdo, al modo de rima eterna y, que aunque como el del Greco, nunca lo habremos de ver resuelto, tratemos un poco de él puesto que con ello no ofendemos a nadie, como dicen los clásicos.

Nunca he creído que un color dado sea un misterio ni un milagro, ni obedezca a una fórmula mágica que se vende en taumatúrgicos recipientes, sino consecuencia de las condiciones ópticas de su atmósfera y su paisaje. Es resultado de su Geología y Climatología, es el aspecto visible de un habitat.

El color de Toledo, que tan bien interpretó nuestro D. Emiliano, tiene como determinante el predominio de notas térreas por emplear estos materiales en las paredes y en los empedrados, por no usar mucho el ladrillo vidriado, todo lo que produce grises bien frescos, pero poco cálidos en contraste con la profusión de verdes que ofrece la parte cultivada. La zona rocosa no permite gran cantidad de vegetación que daría en otro suelo el ambiente del río cercano, pero en cambio esta humedad permite una gran cantidad de vegetación parasitaria en las tejas, a las cuales la falta de lluvias excesivas dejan que se fijen y dan color verde pardo la vegetación primaria, quitando su color rojo pristino.

La cantidad, pues, de vapor de agua del río permitiría una fuerte vegetación, pero lo áspero, encajado y profundo del cauce evitan que esta vegetación se produzca en exceso y el arbolado está casi limitado a olivos y almendros.

La cantidad de humedad da mucho de azul muy limpio en la mayoría de las épocas en que solemos o solíamos montar el caballete al aire libre. Todo esto nos hace dudar si el paisaje del Greco representa una cosa física o es la expresión objetivada del alma

del Greco, si bien en ello habría una interpretación de la ciudad que él sintió como nadie.

En ausencia de manchas fuertes y chillonas, vemos abundancia de grises finos la identidad pictórica de la roca con el caserío, por predominar tanto en el suelo de las calles como en el mamuesto de los paredones. El propio cambio del color de la teja, que toma un verdoso oscuro evitando el color rojo fuerte de los techos gallegos o segovianos, que hacen un acorde complementario fuerte con el verde fuerte también del paisaje.

Pintores de Toledo

Si hemos hablado de lo que se pinta en Toledo, recordemos algo a quienes lo han pintado.

Unos lo interpretan como el Greco, haciéndole expresión de su yo. En el grupo este podemos incluir a Robinsky y a Guerrero. Esta tendencia no puede crear paisaje impresionista ni sus obras admiten gran comparación con el natural.

Otros, como Sorolla, realizan una interpretación anecdótica objetiva, pero poco íntima, propia para la «Hispanic Society», de Nueva York. Zuloaga lo hace objeto de una pintura algo cerebral, que se acerca a Toledo en cuanto se aproxima al Greco.

Por último, existe un tercer grupo que hacen verdadero culto del paisaje sin dejar de darle su coeficiente personal. De fines del siglo anterior recordamos a Arredondo, que lo inició si bien con un exceso de nota cálida y vibrante. Más se acerca al impresionismo Beruete, que fué un buen exponente español del paisaje; sin caer en el cromo, linda en una paleta más rojiza y cálida, sobre todo en sus últimos tiempos, que la que yo veo en Toledo.

Gran fidelidad, trabajo consciente y adhesión muestra Vera, quien por su convivencia con él llega a interpretar Toledo como no lo puede hacer ningún trashumante que en quince días se lleve dos o tres paisajes que son dos cuadros más para colgar en cualquier sitio. Este es el secreto pictórico de Toledo y no otro; que hay que convivirlo mucho para interpretar y ver sin prejuicio sus grises siempre en escalas muy matizadas, pero con gamas poco extensas.

En este grupo de fieles intérpretes del paisaje toledano incluyo yo a D. Emiliano Castaños, que presenta una superioridad indiscutible en el dibujo, muy logrado, tiene la conciencia estilística del paisaje que interpreta, valorado con una honda capacidad sensitiva, dándole una personalidad acusada.

Despedida

Creo que no debo decir más, no porque no lo merezca el tema ni nuestro nuevo compañero, sino porque el crédito que debéis concederme está agotado y porque la valoración, tanto del tema como de la persona, igual podéis hacerla vosotros que yo.

Sólo me resta felicitaros y felicitarme por haberle escuchado y nosotros incorporado a nuestro seno. Celebremos también la ocasión por el marco magnífico en que se ha encuadrado esta recepción.

Comentemos el ámbito que da persistencia neoclásica y erudita a estos momentos que acaban, joya de vuestra arquitectura toledana más valiosa que apreciada. Casa vuestra, D. Emiliano, por sus méritos y títulos; albergue temporal de mis trabajos profesionales colaborando con vuestros alumnos.

Dichoso Toledo, por la grandiosidad de todo él y que de lo actual hace honda historia, siempre interesante. Os felicito a todos y especialmente a mi Academia, que en su nomadismo presente por la decrepitud actual de su casa solariega, en cualquier marco que se cobija hace gran representación escénica. Hoy es este salón neoclásico con resabios barrocos y notas del rococó donde hemos tenido el honor de recibir al nuevo académico.

Bajo estos florones entre jardineros y de porcelana del Retiro en casetones, con recuerdos de techos romanos de la Roma Imperial, yo os digo: Académico D. Emiliano Castaños, en nombre de la cultura toledana y de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, os admitimos honrados y de antemano agradecemos vuestra colaboración.

He dicho.